

Pero Fernando tenia que pasar á los ojos del mundo como un desconocido para él.

—¿Vos teneis hijos?—le preguntaron don Luis y doña Catalina.

—Sí, tengo uno.

—Yo recuerdo cuando fuisteis á Córdoba, y entonces no estaba á vuestro lado.

—¡Oh! no: yo habia vivido en Portugal. En Portugal habia unido mi suerte con la de una mujer que no pudo disfrutar á mi lado porque la pobreza vivia en nuestra casa. Murió dejándome un hijo, y con él fuí á España á pedir proteccion. La Providencia detuvo mi paso errante á la puerta del convento de la Rábida, y allí nos ampararon. Cuando yo fuí á Córdoba á proponer á los reyes mis planes, quedó mi hijo al lado del prior, y en su compañía ha pasado mucho tiempo educándose en los santos principios de la religion y de la moral. Hoy es ya un hombre. Los reyes, colmándome de mercedes, le hicieron paje de su hijo antes de mi partida. Por él, sólo por él me sonreia la idea del triunfo; pero no puedo ménos de experimentar un vacío en mi corazon: ¡me falta su madre!

—Sois todo un héroe,—dijo don Luis de Souza profundamente conmovido, estrechando la mano de Colon.

—Y vos, amigo mio,—preguntó el almirante, ¿no teneis hijos?

Don Luis y doña Catalina bajaron los ojos.

—No,—contestó don Luis,—no nos ha dado Dios...

—¡Ah! pues entonces vuestra felicidad no es completa por dichosos que seais. Creedme, señora,—añadió dirigiéndose á doña Catalina,—un hijo, un hijo es la única felicidad posible. En todas las las afecciones del corazon hay egoismo ménos en el amor paternal; un hijo es un pedazo de nuestra alma, una multiplicacion de nuestro sér, es nuestra alma, es nuestro cuerpo, es la vida.

Sois ricos gracias al favor del rey, os hallais rodeados de leales servidores, haceis el bien y os bendicen en todas partes; pero todas las venturas que disfrutais pueden darse por la menor caricia de un hijo.

Colon, que por efecto de las circunstancias y de los peligros que habia corrido, habia pensado poco en los suyos, sentia en su alma desbordarse el afecto hácia ellos, y sus palabras eran entusiastas, vehementes.

Don Luis y doña Catalina, preocupados por el giro que habia tomado la conversacion, se vieron precisados á renunciar á sus propósitos.

Ella estaba profundamente conmovida.

Don Luis, que no comprendia la causa, creyó que se aburría de aquella conversacion, y para distraerla propuso nuevas libaciones.

Habia abusado tanto en la mesa que no tardó en sentir una gran pesadez en la cabeza, y un vivo deseo de descansar.

—Estareis muy rendido,—dijo á Colon,—ahí teneis vuestro cuarto dispuesto. A descansar, querido huésped.

—Jamás olvidaré,—dijo Colon,—la cariñosa hospitalidad que me habeis dispensado esta noche. Supongo que mañana, aunque pienso partir temprano, nos veremos.

—¡Pues no faltaba más!

—En ese caso, buenas noches.

—Buenas noches, mi querido huésped.

Doña Catalina se acercó á Colon y le dijo al oído:

—Tengo que hablaros, esperadme esta noche en vuestra habitacion.

Colon no pudo explicarse el significado de aquel anuncio.

Fué á su aposento y aguardó.

No habia pasado media hora cuando sintió dos golpecitos en la puerta y despues de abrirla vió entrar en su habitacion á doña Catalina.

—Os extrañará mi visita,—le dijo,—pero las palabras que habeis pronunciado esta noche han sido mi acusacion.

—¿Qué decís, señora?

—Confío en vuestra lealtad y voy á revelaros un secreto. No soy esposa de don Luis de Souza.

—¿Es posible?

—Sí; mi desgracia lo ha querido. Desde España me trajo engañada á Lisboa diciéndome que me daría su nombre; pero don Luis está casado, y aunque vive separado de su esposa, ya comprendéis que le ha sido imposible cumplirme su promesa. La necesidad me obliga á vivir en su compañía, pasando sólo á los



CRISTOBAL COLON.—Don Luis Souza á cada instante de esposo
vino el caso de Colon.



CRISTÓBAL COLON—Don Luis llenaba á cada instante de sabroso vino el vaso de Colon.

ojos vuestros,—porque todos los demás conocen mi historia,—como esposa suya. No os hablaria, sin embargo, de esto, sino hubierais despertado con el amor que profesais á vuestro hijo un recuerdo doloroso en mi alma. He podido disfrutar todos esos goces que habeis nombrado; he podido comprender vuestro entusiasmo al hablar de vuestro hijo, porque soy madre.

—¿Vos, señora?

—Sí; pero madre desnaturalizada, madre indigna, de compasion. Abandoné á mi hija para seguir á don Luis á Portugal. Sé que esta confesion me humilla á vuestros ojos: no os la haria si no tratase de pedir os un favor.

—Hablad, señora; yo respeto siempre la desgracia.

Doña Catalina prosiguió:

—Vais á España, vais á la córte, tal vez podreis hallar á mi hija. Si lo conseguís, haced que me perdone, inspiradle cariño hácia mí. Avisadme su actitud, y yo os ofrezco renunciar á las riquezas, al lujo, al fausto que me rodea, para ir á consagrarme á mi hija.

—Vuestros propósitos son muy nobles, y me honrais en extremo confiándome su realizacion. ¿Dónde está vuestra hija?

—Lo ignoro; pero de seguro donde esté la córte, porque la acompaña á todas partes. El rey don Fernando, protector de su padre, cuando éste murió le ofreció velar por ella; no se separa nunca de su lado,

y segun mis noticias, la colma de bondades; es para ella un segundo padre.

—¿Su nombre?

—Maria.

—¿Su apellido?

—Es el mio; Alvarado.

—Yo os ofrezco cumplir vuestro deseo.

—Dios os lo pagará.

—¿Y cómo podré comunicaros el perdon de vuestra hija, su deseo de que vengais á su lado?

—Escribidle á don Luis con cualquier pretexto, diciéndole, por ejemplo, que agradecido á sus bondades por haberos hospedado en su casa, deseais saber de él. Esta carta equivaldrá para mí á la noticia de que mi hija me abre sus brazos y me perdona.

—Fiad en mí.

—¡Ah! por Dios,—exclamó doña Catalina estrechando la mano del ilustre marino con verdadera emocion,—vos que me habeis hecho comprender cuán culpable he sido, sed bueno y seguid la redencion de mi culpa.

Colon se separó de doña Catalina, y al dia siguiente se despidió de don Luis y partió.

El temporal se habia calmado.

Los suyos le esperaban con ansia.

Subióse á la carabela, y continuando su camino llegó á la barra de Saltes, á los siete y medio meses de haber salido de ella para emprender su aventurera expedicion.

Inmediatamente se encaminó hácia Palos, para desembarcar allí.

Uno de los pesares que agitaban al almirante, era la ausencia de Pinzon.

¿Se habria perdido la *Pinta* y habrian sucumbido su capitan y los tripulantes?

¿Se habria adelantado Pinzon para disfrutar del triunfo antes que él?

Estos temores aumentaban su ansiedad á medida que se acercaba al deseado puerto.

No tardaremos en ver hasta qué punto debia ser justa la Providencia con aquellos dos hombres.